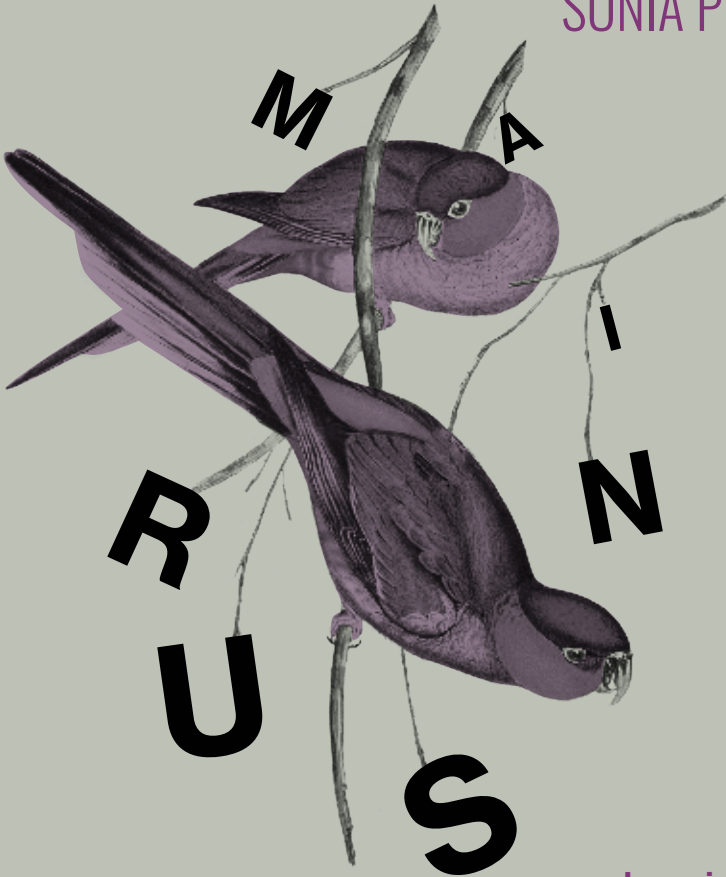


NADA QUE NO SEPÁIS

SONIA PINA



[narrativa]

laovejaroja

Sonia Pina Linares

MELILLA, 1972

Unas verduras insurrectas

se fugaban de la olla a la que estaban predestinadas en el primer cuento escrito por esta autora, siendo aún niña. En ese gesto se concentra mucho de lo que le importa y sobre lo que sigue escribiendo: lo colectivo, las maneras de relacionarnos, la búsqueda de la mirada ingenua como salvavidas y la rebeldía ante lo que se impone como normal.

Cofundadora de La Tetera, espacio feminista de València, heredó de su padre el amor por las palabras y el sentido del humor. Estudió Derecho y viene alternando desde hace años los escritos jurídicos con relatos, microrrelatos y crónicas. *Nada que no sepáis* es su primera novela. Ha publicado textos en las revistas *DXI Magazine* y *Papenfuss*, y en el libro colectivo *Conjugar el amor* (La Oveja Roja, 2020). Comparte desde hace años escritos y reflexiones efímeras en las redes sociales. Muchos de sus relatos se pueden leer en el blog <apuntarseaunpeine.com>.

NADA QUE
NO SEPÁIS



NADA QUE NO SEPÁIS

SONIA PINA

[narrativa]

laovejaroja

Nada que no sepáis,
de Sonia Pina

Diseño de la cubierta:
Pilixip

Edición:
La Oveja Roja, 2024
c/ Amparo 76
28012 Madrid
www.laovejaroja.es

Impreso en el Estado español

THEMA: FBA, FXK
ISBN: 978-84-16227-71-6
Depósito Legal: M-1162-2024

Tanto la autora como la editorial de este libro permiten y alientan la reproducción y difusión de esta obra, independientemente de los medios técnicos por los que se realice y siempre que se cite autoría y edición de origen.

El papel que sirve de soporte a este libro ha seguido procesos de elaboración destinados a garantizar una gestión sostenible de los bosques y las reservas acuíferas.

Índice

NADA QUE NO SEPÁIS

I	A lo que voy	9
II	Surinam.....	123
III	Es lo que hay.....	173
	Epílogo	191

A Mingu, mi madre.

PRIMERA PARTE

A lo que voy

Encefalografías
TAG-1/2021

Un fuerte pinchazo detrás del ojo, dos flases, mareo y oscuridad; la cabeza que palpita. Tere sintiendo cómo Tere cae, las piernas blandas y el cuerpo derramado en el pasillo del supermercado, junto al estante del aceite. Señora, qué le pasa. Un sueño espeso, la camilla y el hospital. Cuerpos con prisa, ropa verde, linternas en la pupila. Voces que retumban.

De nuevo, oscuridad. El recuerdo de un fuerte pinchazo detrás del ojo, dos flases, mareo. Tere, que palpita, soñando cómo Tere cae derramada en la camilla, en el hospital. Cuerpos verdes en la pupila, linternas y prisa. Su mente que retumba. Tere que piensa a Tere, la observa desde fuera, vuelve a ella. De nuevo, oscuridad.

11



Aulario B
Primera clase

Encarna ha llegado antes de la hora indicada y espera dando un paseo por el jardín de la facultad. Decenas de cuerpos coloridos se extienden sobre el césped. Cuando ella era joven, en ese edificio se impartía la licenciatura de Económicas y el ambiente era diferente. Todo era diferente.

Ha traído un cuaderno nuevo, bolígrafos de varios colores y dos rotuladores. En el bolso guarda el programa del curso que comienza hoy; un tríptico donde se puede leer «Escritura creativa» debajo del escudo de la universidad y que refleja un índice con los contenidos, la temporalización y número de créditos de libre opción asignados. En el estómago, Encarna guarda los nervios de lo que empieza. En la boca, el sabor de septiembre, que siempre repite.

Un grupo de jóvenes se acerca a la puerta del aula y ese movimiento la atrae como un imán; no quiere ser la primera en llegar, pero le aterra ser la última. En realidad, ahora quisiera ser invisible, transparente, sobre todo para sí misma.

Entra en el aula y calcula la media de edad de la gente: 24 o 25 años. En su mayoría recién licenciados, estudiantes de postgrado, alguna doctoranda. El profesor ronda los 40 años. Ella cumplió 67 la semana anterior.

Calcula quiénes podrían ser sus hijos, quiénes sus nietas. Se reprocha al instante que la medida de las cosas acabe teniendo siempre el molde de la familia y sus parentescos, incluso para ella, que no encajó nunca en esos parámetros.

12

La voz del profesor interrumpe su reflexión y la coloca en el presente: hoy comienza una formación en técnicas de escritura que durará dos cursos académicos, con una frecuencia de dos sesiones semanales de dos horas y media de duración. El curso será eminentemente práctico.

Encarna se queda en blanco unos segundos, sacudida por este adverbio y el adjetivo al que precede: «eminente práctico». Intenta reponerse del escalofrío lingüístico, se aparta a sí misma de un manotazo y continúa escuchando.

El grupo está formado por quince personas; nueve mujeres y seis hombres. Comienzan las presentaciones. Un chico llamado Antoni dice que se ha matriculado a pesar de sus reticencias con el nombre del curso, en concreto con el apelativo «creativa». Considera Antoni que dicho calificativo resta seriedad a la propuesta y no hace sino encartarla en una corriente tristemente en auge, blanda y buenista, que

sugiere que cualquier persona cuenta con las herramientas necesarias para convertirse en escritor.

Antoni deja en el aire un ambiente pringoso, difícil de transitar. Celia discrepa de lo expuesto por su compañero y manifiesta que posturas como la suya no contribuyen nada a la democratización de un oficio cuyo elitismo es necesario, en su opinión, subvertir.

Siguen nombres, opiniones, descripción de proyectos literarios, voces que anhelan interlocución y reconocimiento. Entusiasmo juvenil y pose, seducción. ¿Y ella? ¿Quiere también presentarse?

Se llama Encarna y ha sido profesora de lengua castellana y literatura en varios institutos durante 38 años. Lleva un año jubilada y ha decidido matricularse en este curso porque quiere escribir una novela.

Algo así podría haber contestado pero, en cambio, Encarna aprieta un puño y, al tiempo que piensa «madriguera» —agujero cavado en la tierra, fantasía de huida, ardillas escapando de un incendio— respira tres veces, se da una autoinstrucción de calma y pregunta:

—¿Alguien podría decirme por qué yo no he escrito nunca?

Recibe el consabido ataque de medias sonrisas, miradas paternalistas y silencio incómodo con menos molestia de la esperada y la satisfacción del deber cumplido. Recuerda a su sobrino intentando convencerla de que se matriculara en el taller de escritura de la casa de la cultura de su barrio y no en este curso de la universidad y siente un pinchazo de orgullo: ella sabe que en aquel entorno sería inofensiva, previsible, cómoda e incluso entrañable, y eso es algo que no se puede permitir.

Y es que Encarna no quiere escribir; quiere detonar, letrear panfletos, narrar grafitis incendiarios.

Encarna: pulpo orgulloso en un garaje hípster.



«Hola, te voy a hablar de Tere.»

La frase permanece suspendida en la pantalla varios segundos. Encarna ha escuchado el sonido del móvil pero está preparando una infusión y decide posponer el momento de leer el mensaje. Coge la taza e intenta dirigirse al sofá con cuidado de no tropezar; Conxa maúlla con insistencia y se le enreda entre las piernas. Alcanza por fin el comedor, con la infusión en una mano y el móvil en la otra, se sienta y mira la pantalla. Es su amiga Mercedes. La frase vuelve a aparecer: «Hola, te voy a hablar de Tere». Encarna sale de la aplicación y suelta el teléfono en el sofá, como si quemara; realmente esperaba otro contenido: ¿cómo te ha ido el primer día de clase?, cuéntame qué tal el curso de escritura...

14 Entran dos mensajes más, tres, cuatro. No es la primera vez que Mercedes comienza una conversación con ese mismo aviso («Te voy a hablar de Tere: está muy bien, te manda recuerdos, todavía no comprende por qué te alejaste de esa forma». «Te voy a hablar de Tere: ha vuelto a Valencia. Se ha separado, me voy con ella a un retiro de meditación, podrías venir y así os veis»).

Hace ya años que Mercedes no le cuenta ni le insiste en hablar del tema, por eso Encarna siente hoy en el estómago el pinchazo de los malos augurios.

Decide esperar un poco antes de abrir el resto de mensajes. Mientras no toque con el dedo la pantalla, la información recibida puede contener todavía algo bueno, puede contenerlo todo; no será la materialización de una sola de las infinitas opciones que existen, sino todas ellas a la vez. Disfruta de ese momento como del tiempo que transcurre entre la compra de la lotería y el día del sorteo, del lapso entre la realización de un examen y la publicación de la nota. Toma su infusión a tragos cortos.

[Tienes cuatro mensajes de Mercedes.]

En el equipo de música suena un aria de Händel. Quizá es un buen momento para leerlos, pero todavía no lo ha

decidido cuando la pieza termina y comienza otra que no sabe identificar, así que espera al siguiente tema del disco. Vuelve a Händel y decide abrirlos en ese momento, así seguirá habiendo belleza incluso si las noticias son malas y podrá agarrarse a ese violín para no caer.

«Encarna, Tere ha sufrido un ictus.
Mientras hacía la compra.
Está en el hospital pero fuera de peligro.
He pensado que te gustaría saberlo y quería decírtelo yo.
Y no enterarte por otra persona. Besos.»

La mezzo sigue cantando. «Lascia ch'io pianga mia cruda sorte».



Aulario B
Segunda clase

15

—Y a ti, Encarna, ¿qué te gusta escribir?

—Bueno, yo es que llevo toda la vida leyendo, pero no he escrito nada. Ya lo dije el primer día.

—¿Ni siquiera un relato?

No, Encarna no ha escrito relatos. Ni cuentos para sus nietos, que es a lo que parece referirse el profesor. De hecho, no tiene nietos.

—Seguro que al menos un diario has escrito en algún momento.

Encarna tiene veintisiete cuadernos tamaño folio con gusanillo escondidos en el altillo de una casa familiar en la huerta. Escrita en la tapa de cartón de cada uno de ellos, una fecha comprendida entre 1967 y 2005. Algunos tienen dos fechas, y hay años que abarcan dos cuadernos. Huelen a etileno, porque

llevan décadas en la cámara que su abuela utilizaba para madurar plátanos. Encarna va a visitarlos de vez en cuando, pero es incapaz de tomar una decisión sobre el destino de todas esas páginas, así que los toca, les quita el polvo y los vuelve a guardar en la caja de mimbre. Solo saben de su existencia su sobrina Alejandra y su sobrino Ferran. La primera, porque es la encargada de quemarlos el día en que Encarna muera, según voluntad expresada por esta en una noche de borrachera; el segundo, porque los encontró por casualidad cuando subió al altillo a buscar su álbum de cromos del Valencia.

A la pregunta formulada por ambos de por qué no se llevaba a su casa todos esos papeles, Encarna nunca ha sabido qué responder.

—Este curso te será muy útil —el profesor da por cerrado su intento de diálogo con una sonrisa fría.

Encarna sonrío y piensa que a él también.



16

[Pepa ha creado el grupo «Apoyo a Tere».]

[Mercedes ha aceptado la invitación.]

[María ha aceptado la invitación.]

[Encarna ha aceptado la invitación.]

[María ha añadido a Charo.]

[Mercedes ha cambiado el icono del grupo: Foto de cena de nochevieja de 1982.]

[Audio de Pepa:]

Hola a todas, os mando un audio porque esto es largo. A ver, como sabéis, Tere tuvo un ictus hace tres semanas y su

hermana Rosa se la ha llevado al piso de Marqués del Turia para cuidarla, el que era de sus padres. He pensado en crear este grupo para coordinar las visitas y acompañarla mejor en esta situación. He metido también a una médica que es compañera de la asociación de mi barrio. Sabe mucho de esto y además conoce a los médicos que tratan a Tere. Bienvenida, Charo, gracias por aceptar. Encarna, ya sé que hace años que tú y Tere no os veis, pero me parece muy importante que estés en este grupo. En el hospital me han comentado que unos días estará más lúcida que otros. Puede hablar, pero tenemos que respetar sus ritmos y no asustarnos si desconecta o se duerme. No hay que hacerle preguntas difíciles. Bueno, todo esto nos lo podrá ir comentando Charo. En todo caso, le vendrá bien que vayamos a estar con ella un rato por las tardes. También puede pasear, y comer de todo. Lo mejor será hacer turnos y organizarnos por aquí, así no nos liamos y su hermana además podrá desentenderse un poco. Un abrazo grande a todas, seguro que podemos hacerlo muy bien, chicas.



Es todavía de noche, pero Encarna lleva un par de horas despierta, dando vueltas en la cama. Decide levantarse, Conxa la sigue. Se dirige al cuarto del fondo y busca la caja forrada con papel morado. La encuentra en una estantería, debajo de la colección de fascículos de un curso de baile. Conserva la mayoría de las pegatinas en la tapa, aunque muchas se han ido despegando y perdiendo color con el tiempo. Se puede distinguir todavía la del 0,7%, varias de educación no sexista, alguna ONG de cooperación. La abre y busca la foto que lleva obsesionándola toda la noche: Tere y ella riendo, mirándose de perfil con una botella de vino entre las dos. La encuentra y la separa, siente cómo el corazón se le acelera. Conxa restriega su cabeza en las esquinas de la caja, marcándola.

Encarna continúa seleccionando fotos: las dos en el viaje a Marruecos, todas de camping en Denia, Tere disfrazada de Sara Montiel, fumando reclinada en un sofá. Detrás, una fecha: 22/07/1978.

Coge de la estantería un libro al azar, *Te trataré como a una reina*, e introduce en él las fotos. Pasa toda la mañana con el libro al lado, como un amuleto.

Esa tarde va a visitar a Tere por primera vez desde que esta tuvo el ictus. El resto del grupo ya lo ha hecho, siguiendo el orden que han establecido: cada tarde una de ellas, en visitas de una hora y media de duración como máximo para no agotarla. Como en el grupo son cuatro, no van a adjudicarse días fijos, así que irán rotando, a no ser que alguna de ellas lo necesite por razones personales. A partir de la semana que viene, Pepa indicará cada lunes en el grupo el calendario de visitas con el día que le toca a cada una. De todas las amigas, Pepa suele ser la que se ocupa de los asuntos prácticos y el resto confía en su sensatez.

18

Desde que recibió la noticia de la enfermedad de Tere y la invitación a formar parte de su grupo de cuidados, el tiempo de Encarna ha dejado de ser lineal, las cosas ya no suceden en orden cronológico. Puede desayunar en el presente y, una hora después, volver a sentir en su boca el sabor de la primera ginebra con naranja caliente en la caseta de los padres de Mercedes. El dolor de la piel quemada después de tres horas de exposición al sol untada en bronceador de zanahoria. Los calambres en el estómago las primeras noches de marcha —así las llamaban— en una Valencia todavía gris, postfranquista. Las lecturas de poesía en el salón de actos de la facultad. Y a su lado, Tere. Siempre Tere.

Todavía no sabe por qué Mercedes la ha incluido en el grupo. Lo piensa y le asalta esa sensación tan familiar, mezcla de fastidio y ternura, que siente con su amiga y sus ocurrencias; Mercedes, tan inconsciente, tan torpe, pero con un fondo alegre y bueno, queriendo propiciar un reencuentro. La idea le hace resoplar de nuevo. Sería todo más fácil si este

tiempo de distancia con Tere hubiera tenido una justificación más clara: un enfado, una separación dolorosa... la verdad es que, pasado el tiempo de duelo por su enamoramiento, Encarna simplemente tuvo la certeza de que su amiga y ella habían dejado de compartir una manera parecida de estar en el mundo, el sabor común de las cosas, y se apartó. Como ocurre con tantas decisiones, acabó enquistándose y haciendo cada día más difícil una marcha atrás. Hasta que aparece algo que lo remueve todo.

Encarna pasa la mañana con el estómago descompuesto, a dieta de manzanillas. De vez en cuando, coge el libro y vuelve a mirar las fotos, registrando en su mente cada gesto de Tere, respirando su esencia, asegurándose de que esta tarde, cuando la mire, tendrá claro quién es y por qué ha decidido ir a visitarla.

A las cinco de la tarde se dirige a lo que fue el piso familiar de Tere con la cabeza en nebulosa. Llama al timbre y contesta su hermana Rosa. Encarna se pregunta si seguirá siendo tan estricta y convencional como antes.

Decide subir los tres pisos por la escalera, despacio y tarareando una de sus canciones amuleto. *Que sí, que sí. Que no, que no.* El edificio ha cambiado bastante desde que Tere vivía allí con sus padres, pero no ha perdido su aspecto señorial; el suelo y las paredes son ahora de mármol color crema y hay una rampa nueva. *Que tú a mí no me quieres como te quiero yo.* Han conservado el pasamanos de madera oscura, bordes redondeados y tacto suave.

Llega a la puerta, allí la espera Rosa. Hace décadas que no se ven, pero las dos actúan con naturalidad impostada, saltándose un protocolo que incluiría preguntas, sonrisas y charla insustancial. Se ciñen a lo estrictamente necesario: el saludo de las desgracias, no somos nada, los labios apretados.

Camina por el largo pasillo, una detrás de la otra. Al llegar a la puerta de la habitación, Rosa se detiene y deja paso a Encarna, que entra intentando no hacer ruido.

Tere está sentada en un sillón, con la mirada puesta en los árboles de la Gran Vía. Su aspecto transmite calma, a pesar de

la rigidez de su boca, cerrada y un poco ladeada. La entrada de su amiga no parece perturbarla.

Encarna permanece de pie a su lado unos segundos, observándola. Lo primero que le llama la atención es su cabello corto y gris y la redondez de su cuerpo.

Recuerda perfectamente la última vez que la vio; llevaba el pelo como siempre, color rojo caoba, rizado y largo, hasta la mitad de la espalda. Se descubre a sí misma buscando a Tere en esa cara inexpresiva, comparándola con las fotos, y decide moverse, un poco avergonzada. Cuelga el bolso en un perchero y se sienta a su lado en una silla. Le coge una mano y la frota con las suyas.

Se queda a su lado en silencio y, para no llorar, piensa en el sol de la calle, en la primavera que se acerca, en horchata con fartons. El truco no le funciona, así que deja caer sin resistencia unas cuantas lágrimas; algunas se detienen en algún rincón de su cara, cada una a su ritmo, otras acaban cayendo al suelo.

Mira fijamente a su amiga y hace un intento. «Hola, Tere». Escucha como respuesta el claxon de un autobús. Encarna lo intenta de nuevo. «¿Sabes quién soy?». Tere le aprieta la mano y ella siente por un momento que ese gesto contiene la vida entera.

Charo, la médica, les ha dicho que el daño cerebral sufrido, aun siendo difícil que revierta del todo, es muy probable que mejore con rehabilitación y tiempo, así que Encarna se agarra a esta idea y le aprieta la mano también, una y otra vez, bombeando. Imagina la sangre moviéndose cada vez más rápido, regando las articulaciones hasta llegar al cerebro y reparando las zonas dañadas. Eso es lo que tiene que hacer, bombear con fuerza.

Tere mueve la cabeza hacia ella y sonrío con los ojos. Encarna siente un vuelco en el corazón.

—¡Guapa!

Tere asiente, la sonrisa se va extendiendo hacia sus labios, sus mejillas.

—Encarni, que me haces daño.



22/05/1976

Ayer mi hermano encontró una de mis libretas, menos mal que la acababa de estrenar y solo tenía un par de poemas. Estuvo burlándose de mí toda la tarde, repitiendo cosas como «sol ardiente que has llegado» o «los contornos de tu brisa, que me alivian». Por suerte, es incapaz de interpretar las imágenes poéticas y para él esto no son más que cursiladas sin contenido.

La poesía me ayuda a mantener oculto todo esto que me pasa. No sucede porque nadie en concreto me lo provoque, es como una fantasía en la que conozco a una mujer, paseamos por la huerta y acabamos mirando juntas el atardecer, cogidas de la mano. Ella se parece a la vecina de mi prima, la de Rojas, pero todo sucede siempre aquí, cerca de Museros. A veces la fantasía va más allá y siento que se me acelera el corazón y todo palpita. Entonces me voy ya sabes dónde y me quedo allí un rato.

21

Necesito escribir esto pero así, sin poner palabras peligrosas.

Lo de mi hermano me ha dado miedo, así que esta mañana he cogido esa libreta de los poemas, junto con todas las que tenía también en mi cuarto, y las he escondido en el altillo de la cámara, arriba. He vuelto a leer los poemas objeto de burla y la verdad es que ese arrebató del que supuestamente soy presa suena un poco exagerado.



«¿Una novela es un relato que dura más?».

Así formula Encarna las preguntas en el curso, sin aviso ni flotador. Pregunta y cierra los ojos, esperando un chaparrón que no suele llegar en la medida en que ella espera, pero que la deja, como poco, mojada.

El gesto. Encarna se aferra al gesto, porque ella no quiere que le enseñen a escribir. Tiene una misión, que no es tanto reventar las clases —aunque pueda parecerlo, no tiene nada en contra de sus jóvenes asistentes—, sino dejar constancia de lo que no tiene cabida en estos lugares de producción de cultura.

Vuelve al ataque: «¿Qué pensáis de Gloria Fuertes?».

Encarna se siente cada día más segura en su temor y más firme en su blandura. Está contenta de haberse matriculado en este curso.

El profesor termina de explicar la tarea para el día siguiente y da por finalizada la clase. Todos salen. Antoni intenta alcanzar a Celia, que avanza apresurada.

22



—Hola Tere, guapa —Encarna saluda desde la puerta y espera una invitación para entrar.

—Encarni.

—Ay, qué alegría escucharte. ¿Te parece si abro las cortinas? Mira, y subo la persiana y abro el balcón. Charo dice que es bueno que mires al exterior y tengas estímulos, qué maja es esa médica y qué bien tenerla en el grupo. Estoy aprendiendo un montón sobre el ictus, fíjate. También estoy leyendo un libro de una científica que lo sufrió hace años y ha escrito su experiencia, ahora que ya está bien. Ella sufrió el daño en el mismo sitio que tú, en el hemisferio izquierdo. Tú también te curarás del todo, ya verás.

—Charo.

—¿Cómo dices? Ah, Charo, sí. Mira, te traigo unas fotos de hace años, ya verás qué risa. Espera, que me siento aquí contigo. A ver... esto es en la facultad. Esta eres tú, aquí Mercedes, Pepa, María y yo. Qué fuerte, ¿verdad? Cuánto tiempo. Tendríamos veintipocos años y tú acababas de llegar a Valencia. Qué jovencitas y qué ropa más horrible, fíjate en mi pantalón de ante marrón y en esa chaqueta con parches. Eso sí, ya llevaba el pelo corto y así me he quedado para toda la vida. Aquí todas en Las Cuevas, cenando. Qué pena cuando cerraron ese sitio. Y mira Mercedes, con esos vestidos que le hacía su madre, que era modista. Qué coenta iba, pobre. ¿Las ves bien, Tere? Tere, ¿qué te pasa? Ay, cielo, perdona. Qué torpe soy, aquí removiendo recuerdos. Espera, guardo las fotos. ¿Prefieres estar sola? ¿Me voy...?

—No.

—Vale, te cojo la mano y me callo un rato, ¿vale? —la Tere de veinticuatro años mira a Encarna desde la mesita, riendo. Todas ríen, brindan con cava. En el presente, rugen los coches de la Gran Vía al otro lado del ventanal; un pensamiento trivial se le cruza a Encarna de pronto: los ricos también respiran la polución. Al hilo de esta idea siente con claridad la certeza de que juzgó con mucha severidad las decisiones de Tere en el pasado: su matrimonio, el supuesto abandono del compromiso social. Respira hondo y conecta de nuevo con su amiga—. Ahora voy a hablar, si te parece, pero no del pasado. Solo así, expresarme y eso. Yo es que sabes que no llevo bien el silencio. En casa le hablo todo el rato a Conxa, mi gata, que me mira con esos ojos y las orejitas inclinadas, pobre. Mira, el próximo día traigo algo para leerte. Algo que te guste y te anime. O mejor buscamos aquí en tu biblioteca, que para eso tienes estas estanterías preciosas —Encarna se levanta y da una vuelta por la sala, acariciando con las yemas de los dedos los libros y enciclopedias que las rodean—, a ver... Borges, Cortázar, García Márquez... Ay no, Cela. Y Delibes, y Unamuno. Por fin, una mujer: la Yourcenar. *Memorias de*

Adriano. Animula, vagula, blandula... De todo esto estamos hechas, Tere, para bien o para mal. Cuánta letra y cuánto señor diciéndonos cosas. Yo es que cada vez soy más irreverente, qué quieres. Ya te contaré, ahora que me he jubilado quiero escribir una novela. Me he matriculado en un curso de la Universidad, nada de tallercitos para señoras. Te iré informando, si te parece.

—Sí.

—Genial, bonita. Cartas y diarios es lo que yo he escrito hasta ahora. Poemas y todo lo que te mandaba ¿te acuerdas? Ay, qué intensa era yo, y lo que me tuviste que aguantar. Luego mira, a mis novias no les he escrito tanto como a ti. Pues el caso es que voy a empezar a escribir una novela. Para inspirarme he releído, entre otras cosas, *La búsqueda de interlocutor*, de Carmen Martín Gaité. Ya sabes que ella siempre me ha gustado mucho, que hasta monté un grupo de admiradoras suyas y la trajimos a una charla a Museros. Mi amor platónico ha sido siempre, doña Carmen, incluso le estuve escribiendo cartas una temporada. Pero bueno, a lo que voy: pensaba yo que igual poniéndome a buscar en este libro encontraba respuesta a algunas dudas que tengo sobre qué y para quién escribir, pero al final la atención se me ha ido a algunas palabras que ella utiliza, tan bonitas, y que ya no se encuentran por ningún sitio: «sosiego», «hastío»... y me he quedado embobada como quien parte a un lugar lejano buscando grandes aventuras y se entretiene con las flores del camino. Vaya, que igual son las flores lo que me interesa y realmente no hay nada más que encontrar, ni falta que hace. No sé, Tere, igual hasta resulta que soy suficiente y qué falta hará escribir una novela.

Encarna pronuncia esta última frase sonriendo y reconoce en Tere una mirada divertida, cómplice.



[Mensaje de Mercedes:]

Hola Encarna.
¿Cómo has visto hoy a Tere?

[Encarna:]

Yo la veo a ratos ausente y otros no tanto.
Como que está ahí conmigo.
De todas formas todavía es pronto.
Solo llevo tres visitas.

[Mercedes:]

Una cosa, ¿su hermana lo sabe?

[Encarna:]

¿Sabe el qué?

[Mercedes:]

Lo vuestro.

[Encarna:]

Eso pasó hace mucho tiempo.
Tere y yo somos amigas y ya.
Y no pensarás ahora que sigo colgada de ella.
O que la cuido porque estoy enamorada.
Que te conozco.

25

[Mercedes:]

No, tranquila, si lo digo por comentárselo de buen rollo.
Porque eres la que más está yendo a verla.
Y yo creo que a estas alturas la mujer ya será más abierta.
Es bonito este reencuentro vuestro, no sé.

[Encarna:]

Normal que vaya a verla, para eso me he jubilado.
Para dedicarle tiempo a lo que me sale del potorro.
Y lo de contarle a Rosa, ni se te ocurra.

Bastante mal le he caído siempre.
Ya hablamos, que tengo prisa.

[Mensaje de Mercedes:]

Vale, un beso.



—Hola bonita, ¿cómo estás? —Encarna entra y en dos zancadas se planta en medio de la estancia, al tiempo que se quita la chaqueta y el bolso. Las deja en una butaca y se sienta junto a su amiga—. Hoy vengo un poco removida, ¿te parece si apago la radio? Así mucho mejor, ¿verdad? Mira, Tere, he estado dándole vueltas a por qué nosotras hemos estado separadas durante tanto tiempo, y en cambio con el resto he seguido teniendo relación. Verás, no es que yo desapareciera por tener nada contra ti, es que a veces es sano apartarse un poco de alguien y mira, se te va la mano y al final pasas años sin tener relación. Yo además tengo una lucha abierta contra el pasado —Encarna se ha levantado y camina por la salita con una molesta opresión en la garganta; piensa que hay palabras que queman en su tránsito. Intenta bordear su propio relato y distanciarse un poco de la alusión directa a Tere—. Lo del pasado no va solo contigo, no creas. No quiero volver la cabeza atrás para nada. De hecho ya no sé cómo decírselo a Josefa, la terapeuta, ya te hablaré de ella. El caso es que me niego a revisar y dar vueltas a temas como la infancia, la juventud, el contexto, la familia. «Presente, Josefa», le digo cada vez que voy a terapia. Presente y futuro, que yo no soy lo que he venido siendo ni soy producto de nada. Yo quiero iluminarme, deslizarme por el presente libre de condicionantes, y para eso tengo que borrar, hacer sitio, no ser nada.

Hoy Tere está sentada mirando hacia el ventanal. Encarna da la vuelta al sillón, le arregla con las manos el pelo, que se le ha quedado aplastado de apoyar la cabeza en el respaldo, y

endereza el cojín. Se sienta enfrente y la mira a los ojos. Busca interlocución en el fondo de esas pupilas negras, brillantes; la encuentra y sigue hablando:

—Mira, algo así como lo de no ser nada nos decía aquella señora un poco rara que vino a dar una charla a la asociación del barrio de María, invitada por Mercedes. «Ser nadie», decía, que no sé si será exactamente lo mismo, ¿no te acuerdas? El día ese que lo llenamos todo de velas y cubrimos las mesas con telas de colores y espejitos incrustados. Se mezclaba el olor a incienso con el de las croquetas del cumpleaños de María, que habíamos celebrado justo ese mediodía. Menuda mezcla curiosa, el pachuli con el cocido... ¿o eran mandonguilles de bacalao, que le salen muy buenas a Pepa? Croquetas. Croquetas de pollo. En esa época tú y yo ya no teníamos contacto, pero claro, María nos invitó a las dos a su cumpleaños, y tú hacía poco que te habías separado y habías vuelto a vivir a Valencia. Fue muy raro verte por allí, la verdad, y no reírnos ya juntas ni sentir esa unión que teníamos. Bueno, que me pierdo. A lo que voy: que no me gusta mirar hacia atrás, que me parece bien hacer terapia con Josefa porque necesita hacer prácticas para el máster y es amiga de mi sobrina Alejandra, pero yo pongo los límites: nada de pasado. Ay, cielo, que te has puesto triste. Qué tonterías vengo yo a contarte, como si no tuvieras bastante con lo tuyo. Pero lo importante es que ahora estoy aquí, ¿ves? Y esto es el presente. Y un futuro estupendo que tenemos para que te recuperes y estemos juntas, sin remover cosas ni nada.

—Creo que el grifo gotea.

—Voy a ver.

Encarna se levanta y se acerca al baño que hay junto a la salita, mira el lavabo y regresa: «arreglado». Se vuelve a sentar junto a su amiga, toma su mano y empieza a presionar en silencio las puntas de sus dedos, una a una, moviéndolas hacia los lados con un ligero masaje: «da gustito, ¿verdad?». La boca de Tere oscila entre la rigidez y la sonrisa, sus labios tiemblan levemente.



Encefalografías
TAC-2/2021

Tere siente a menudo que su cerebro se compartimenta. A veces, en medio de una conversación, se abre una sala y todo lo que está sucediendo se acumula en esa pequeña habitación, colocándose ella a partir de ese momento en las afueras, desde donde mira cómo su interlocutor y ella misma siguen departiendo tranquilamente, ajenos a la reclusión a la que han sido sometidos. Se escucha a sí misma asentir, contestar, observa su gesticulación. Cuando ese nivel de extrañamiento se le hace insoportable, se saca de la sala como puede y ella, o su réplica, tienen que acabar la conversación con torpeza, haciendo un gesto de desagrado o simplemente mirando a un punto fijo, perdido.

28

Al principio, esa sensación le provocaba angustia y venía acompañada de taquicardia. En pocas semanas, los síntomas de ansiedad han ido desapareciendo y ya se mueve de una sala a otra de su cerebro con más confianza y sin miedo. Ha aprendido a distinguir, además, que no todas las conversaciones se le encapsulan; en ocasiones, es capaz de mantenerse en una estancia durante mucho tiempo, incluso de sentir calma ahí, entre el sonido de su propio cerebro y el del exterior.



01/10/1976

No puedo más. Hoy no lo llevo bien y estoy cansada. Harta de comentarios de pueblo cotilla: «Esta es la hija soltera de Mari», le suelta hoy la vecina de mi madre a su prima de Albacete, delante de mis narices. No la universitaria ni la profesora

de clases particulares ni la que hace teatro en Valencia. La soltera. Y dicho así, con ese tonito como con segundas.

Aquí soy la única mujer de pelo corto que no es monja. La rara, la que parece un chico. Para mis padres soy como la hija y el hijo, todo a la vez. Igual cocino que cojo la azada, bordo manteles, encaño las tomateras. Qué ganas de irme del pueblo y que no me conozca nadie. El año que viene sin falta me voy a vivir a Valencia, ya estamos buscando un piso con Mercedes y Pepa. Ellas les caen bien a mis padres, imagino que es porque parecen normales. Pepa además estudia Económicas, que es algo con salida, y con esa pinta de chica formal los tiene encandilados. De Mercedes desconfían más, por su aspecto alocado. Encima las dos empezamos estudiando Filosofía y Letras, que luego se dividió y pasó a llamarse Filología, y con esos nombres ya les parece todo muy raro. Ya nos queda solo un curso y espero luego encontrar en Valencia alumnos de repaso de primero.



22/10/1976

Este fin de semana estuve en Rojales con mis tíos. Bueno, fuimos todos: mis padres, mi hermano y yo. Están muy pesados conmigo y se me quitan las ganas de ir, menudo viaje en coche me dieron. Mi padre dice que no entiende que prefiera irme a vivir a Valencia con amigas, si total no estoy casada. Que mi sitio está en el pueblo y que para eso me ha dado su coche viejo, que podría volver allí al acabar la facultad o el trabajo. Yo solo de pensarlo me pongo enferma.

Lo único bueno es que la casa de mi tía me gusta mucho. Me siento en el porche a pelar habas con ella y me cuenta cosas que me dan lo mismo, pero me divierten. También les ayudo a partir almendras con la palanca, que está muy fuerte y se hacen daño. El otro día le saltó a mi tío un trozo de

almendra al ojo y hubo que ir al médico a Rojales, así que cuando vamos mis padres me piden que lo haga yo. A mi hermano no hay quien lo levante de la mecedora, qué mal me cae cuando hace eso. Y luego bien que se lo come todo, pero trabajar no hay manera. Mi tía me ha prometido que va a convencer a mis padres de que me dejen vivir con mis amigas, que eso no es de busconas, como dicen ellos. Qué antiguos son.



—Hola, Tere, preciosa. ¿Cómo estás hoy? Si te parece apago la televisión, ¿vale? Estos programas son horribles y seguro que no te sientan nada bien, tanto papagayo hablando de nada.

—Rosa.

—¿Rosa? ¿Que lo ha puesto Rosa? Si ella está en otra salita, qué más le dará. Tú dile que no te gustan. Mira, te voy a poner cerca el mando y si ves que ella pone la tele, tú al rato la apagas. Aquí, este es el botón.

30

Encarna examina a su amiga con disimulo. Desde que viene a verla observa que su ropa, su peinado, no corresponden con la imagen que Tere ha tenido siempre. Se pregunta qué cantidad de consciencia es necesaria para sostener lo que se es; a partir de qué momento, de qué nivel de daño cerebral, una deja de identificarse con lo que ha venido siendo. Se pregunta también cómo puede ser que una bata de color rosa con hombreras tenga el poder de eliminar a alguien de una forma tan fulminante.

—Voy a sentarme aquí a tu lado, cojo una banqueta. Qué cansancio llevo. He estado toda la mañana en el médico. Qué desagradable por cierto el nuevo ginecólogo, un sieso manío. Pues no se pone a repasar mi ficha en voz alta: «67 años, postmenopáusica, nulípara, histerectomizada...». Vamos, no le he dejado seguir del coraje que me ha entrado. Y es que, joder, ¿no parece la descripción de una sepia, no sé,



Nada que no sepáis

de Sonia Pina

lanzamiento: 2024

PVP: 18 €

ISBN: 978-84-16227-71-6

200 pgs.

formato 13,5 x 21,5 con solapas, b/n

más información:

<http://laovejaroja.es/nadaquenossepais.htm>

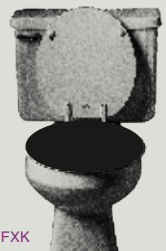


NADA QUE NO SEPÁIS

Atrevimiento y humor serán los ingredientes principales de esta novela. En esa indeterminada edad que se acerca poco a poco a la vejez, un círculo de amigas recibe la noticia de la enfermedad de una de ellas. ¿Cómo reaccionar ante la imposición de lo normativo, la familia consanguínea, como espacio de referencia donde dirimir siempre lo relativo a los cuidados fundamentales, a la vida y la muerte? *Nada que no sepáis* tirará de irreverencia para crear una ficción a la escala de nuestros deseos: un país improbable donde acompañar a una amiga enferma, un cuarto de baño imaginario en el que ajustar las cuentas con los sujetos del saber sin renunciar a la alegría ni al desparpajo, un cerebro dañado que se sabe narrar a sí mismo, adicciones que se superan escribiendo. Se trata de inventar una manera de existir, cuando la edad y las convenciones nos relegan al cliché, a lo previsible, a la foto fija.

¿Puede un personaje ser autor de la novela que lo crea? ¿Qué sucede si la protagonista prefiere pertenecer a otra historia? Si no nos dejan cuidar lo que amamos, ¿podríamos cogerlo, llevárnoslo a otro lugar y llamarlo ficción? Las respuestas nos las darán Encarna, tierna quijota y voz protagonista, y su grupo de amigas. Sonia Pina escribe lo que merecemos que suceda.

«Josefa me dice a veces en terapia: "Encarna, en crudo", y esta instrucción es suficiente para que me desprenda de mi tendencia al eufemismo, y lo hago con el mismo placer que cuando me desprendo del sujetador al llegar a casa. Surge de mi interior entonces un sincericidio fresco como una manzana; devengo en libro abierto y mordaz; rejuvenezco y todo con la experiencia, no sabes qué gusto.»



THEMA: FBA, FXK

ISBN: 978-84-16227-71-6



9 788416 227716